

REFLEXIONES

Grippe

Este tiempo de bruscos cambios de temperatura, en que cada mañana se escruta el cielo para adivinar cómo hay que vestirse y, fatalmente, nunca se acierta, es propicio para pescarse una grippe. Todos nos dicen que nos cuidemos, que tomemos precauciones y que estemos alertas para impedir que el virus se instale en nuestro organismo.

Por mi parte, yo me permitiría sugerir que aprovecháramos el tiempo cambiante y no desperdiciáramos la oportunidad de tener una grippe. Cuando uno hace un balance frío y sereno, llega a la conclusión de que una grippe tiene más lados buenos que malos; que los estornudos, los estados ligeramente febriles y el romadizo se compensan con otras ventajas.

Caer en cama nos produce, al principio, una terrible sensación de catástrofe. Sentimos que nuestra obligada inactividad va a producir un caos de proporciones en nuestras habituales actividades y que redundará en quienes trabajan con nosotros. Pasa un par de días y el caos no se produce y advertimos con no poca consternación que nuestra imprescindibilidad no es tal. El mundo puede seguir caminando sin nosotros. Y este descubrimiento, si bien afecta a nuestro ego, no deja de ser reconfortante. Nos alivia de una responsabilidad que pesaba sobre nuestros hombros innecesariamente.

Como nuestro estado gripal nos impide una fuerte concentración mental, dejamos de lado toda esa lectura de documentos que con buena salud nos sentimos en la obligación de leer, para estar al día y nos abandonamos, en cambio, al placer de la lectura leve e insustancial. Esa novela policial que desde hace meses yace sobre nuestro velador, ahora la podemos devorar con fruición y sin el menor sentido de culpa. Nuestro estado febril nos permite redescubrir lo agradable que es leer historias hechas para la mera diversión, con personajes que no son símbolo de nada y con tramas que no son pretensión de solucionar los problemas de la humanidad.

Uno principia a pensar que así como hay al menos dos semanas en el año que uno las dedica a las vacaciones, debiera existir igual tiempo para el placer de estar enfermo.

Estar en cama después de almuerzo, incita a prender el receptor de televisión. De lo que se ve y se aprecia a esa hora en la pantalla chica, uno no puede menos que descubrir lo privilegiado que es de no tener que hacerlo a diario y llegar a la conclusión de que si esa es la programación que los ejecutivos de la televisión han dedicado a las mujeres y a los niños, revelan un insostenible machismo, por una parte, y un desprecio por la infancia, por otra, que daría lugar a serias meditaciones, si los treinta y siete y medio de fiebre no se lo impidieran, incitándolo en cambio a una siesta de la que nadie, dada nuestra condición de enfermos, se podría escandalizar.

Lo mejor de todo sin embargo, está en la atención extra que en esos casos se obtiene de la familia. Para sentirse que, efectivamente, se es "el rey del hogar" nada mejor que una grippe con llorado y todo.

Pero ya se sabe que las cosas buenas no son eternas. Cuando uno principia a acostumbrarse a esta vida regalada, en que los problemas de la humanidad no lo inmutan y la posición horizontal principia a parecer la más adecuada para llevar una vida placentera, el virus se marcha tan misteriosamente como llegó. Y hay que levantarse, volver a preocuparse de cosas que insistimos en hacer parecer trascendentes y abandonar la privilegiada condición de enfermo.

Por eso, si Ud. no aprovecha este tiempo variable de cambios bruscos de temperatura para pescarse una grippe y tener unos días de ocio, agradable lectura y buenas siestas sin que nadie se lo pueda echar en cara... ¿Cuándo va a encontrar otra oportunidad más propicia?

PARTIQUINO